M. Juan Plaimpré, al cual esplicó brevemente los motivos que le llevaban allí á tales horas; los hechos que refirió el aprendiz hubieran bastado para determinar al prevoste á partir inmediatamente; pero el nombre de Mathieu Barthas, redobló aun su ordinaria actividad.

Al cabo de algunos instantes, M. Juan de Plaimpré montó á caballo, y escoltado por seis caballos y doce arqueros de á pié, se encaminó, guiado por el intrépido Saturnino, hacia la calle de la Fuente Brunchaut.

Cuando llegó esta comitiva á la entrada de la calle, salió á recibirla Joulu, quien dió al prevoste las noticias que creyó podrian serle útiles.

No bien oyó el prevoste al pergaminero, mandó llamar á la puerta del célebre doctor. Pero nadie respondió desde adentro.

—¿Por san Pacomio? bien lo díje yo: M. Barthas ese generoso doctor ha sido asesinado.

—Eso vamos á ver, amigo mio, dijo el prevoste Plaimpre. Y mandó llamar de nuevo.

Obedecióse, y viendo que continuaba el silencio, gritó el prevoste á sus arqueros.

—¡Abajo la puerta!

Ya se disponian los soldados á obedecer, cuando se oyeron pasos detrás de la puerta y una voz que gritaba:

—¡Quién va ahí!

Al oir estas palabras el prevoste, el pergaminero y los vecinos que habian acudido al ruido, se miraron con espanto y admiracion, porque acababan de reconocer la voz de Mathieu Barthas.

—¡Loado sea Dios y tambien sus santos! balbuceó Joulu; está vivo ese digno sabio; me habia engañado!

¡Engañado! ¡engañado! murmuró el prevoste... eso es lo que vamos á ver.

Y con voz sonora gritó: ¡abrid, abrid la puerta!

A estas palabras se abrió la puerta y penetró en el patio el prevoste Plaimpré, seguido de sus arqueros y de los curiosos.

—¿A qué debo el gusto de que me visiteis, señor prevoste? preguntó Barthas.

Este recorrió rápidamente el patio con la vista.

—Lo que motiva mi visita, señor Barthas, es, respondió el prevoste, que... esta noche habia dos seres vivos en esta casa: á uno de ellos, ya lo veo, pero ¿dónde está el otro? Responded, si quereis, Barthas.

—Ignoro lo que quereis decir, señor prevoste, replicó Barthas.

Pero la voz del médico estaba tremula al hablar asi, y su semblante se cubria de una gran palidez.

Juan Plaimpré se apercibió de la emocion del doctor, y adivinó que se le ocultaba la verdad.

—Deseo que se me hable con franqueza, por lo que espero que contesteis á mis preguntas. ¿Dónde está el hombre que tragsíteis esta noche á vuestra casa?

—Os repito que estais equivocado, señor prevoste, replicó Barthas; vivo solo hace quince años, y jamás se ha visto en mi casa á otras personas que á los pobres enfermos á quienes curo cada mañana y á los criados del rey ó á los nobles que vienen á que les cure, cuando lo necesitan.

—¡Por Cristo! esclamó el prevoste, no creia que un hombre de saber como vos, señor Barthas, pudiera rebajarse á mentir, como un vil charlatan.

Y diciendo esto, llamó al pergaminero Joulu.

—Vamos, dinos lo que sabes, y presto porque tengo prisa.

Joulu, que habia oido á Barthas negar que hubiese entrado en su casa con el peregrino, no se atrevia á decir nada, temiendo desagradar al doctor, cuya generosidad habia esperimentado tantas veces. Pero el prevoste no era hombre á quien se engañara tan fácilmente.

—Amigo, dijo á Joulu, si no hablas al momento, como te he dicho, te hago colgar *incontinenti*.

Joulu quiso evadirse, para lo cual dió un salto á la derecha, pero se encontró en frente de los arqueros á caballo; dió otro salto á la izquierda, y se halló con los arqueros de á pié. No habia, pues, medio de huir.

Tuvo que hablar, y afirmó que habia visto entrar un peregrino con Mathieu Barthas en casa de este al caer la tarde.

—Mirad, señor Barthas, dijo el prevoste, no bien concluyó de hablar Joulu; mirad contra ese pozo el báculo del peregrino... Decid ahora: ¿dónde está el hombre que llevaba este báculo?

Al oir esto, quedó aterrado Mathieu Barthas; levantó los ojos al cielo con dolor, y aparecieron en la punta de sus cejas dos gruesas lágrimas.

—*Fiat voluntas tua*; murmuró entre dientes.

Y poniéndose en medio de los soldados, dijo al prevoste.

—Aquí teneis al culpable; conducidme.

—Está bien que esté pronto á ser llevado el culpable, dijo el prevoste; pero necesito saber las circunstancias del crímen.

Y habiendo encargado la guarda del doctor á los arqueros, comenzó con el resto de su tropa á practicar una pesquisa en toda regla en casa del médico.

Algunas horas antes de entrar en su casa con el peregrino Mathieu Barthas, salió de su domicilio con intencion de oir tinieblas en la iglesia de Santa Genoveva. Fué allí en efecto, como lo atestiguaron gran número de testigos que lo habian visto. De allí se dirigió, segun su costumbre, á dar un paseo por los boulevares, esperando en la portería de San Victor, donde fue saludado por muchas personas.

Al volver á la poblacion, pareció Barthas poseido de una agitacion. viva Sin duda habia atravesado por su entendimiento una de esas ideas que devoran el cerebro de los hombres de genio, porque gesticulaba y hablaba solo, deteniendo el paso y volviendo á ponerse en marcha, rápida ó lenta alternativamente, pero como detenïda á cada instante por bruscas paradas.

Asi llegó al atrio de la iglesia de San Juan de Letran, donde habia siempre una multitud de peregrinos que acudian de todos los pueblos de Francia y

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación